



SU DESEO

PROHIBIDO

RENATA GARCÍA

SU DESEO PROHIBIDO

RENATA GARCÍA

Su Deseo Prohibido

Natalia Álvarez movió las cortinas de la ventana de la cocina y miró hacia afuera. La lluvia caía en lo que se veía como una larga nube gris, y se preguntó si debía ponerse las botas de lluvia rojas que su madre había comprado hace 2 años. Natalia vivía en el centro de Filadelfia y trabajaba en la biblioteca de Vine Street. Hoy sería un día como cualquier otro, pensó, no iba a haber nada especialmente divertido, pero tampoco nada malo.

Natalia recordaba cuando su madre solía venir a la biblioteca a visitarla mientras trabajaba en el departamento de atención. Su madre trabajaba en la panadería de la esquina, y ella metía croissants de chocolate o pasteles de limón en la bolsa de Natalia mientras ella trabajaba en el escritorio. Natalia pensó con cariño en el afecto de su madre. Cuando Betsy Álvarez falleció de cáncer de ovario sólo seis meses después, la vida de Natalia adquirió un giro completamente diferente.

—Hola bebe, ¿porque no le das un beso a papi? —Le gritó a Natalia uno de los albañiles en la construcción mientras ella cruzaba por la avenida Benjamín Franklin y se dirigía hacia la biblioteca de Filadelfia. Natalia se rio para sí misma pero no miró hacia arriba. El mismo equipo de trabajadores habían estado aquí toda la semana, trabajando en el techo de la tintorería de Paulo, y el mismo tipo la había interrumpido, sin falta, cada vez que se aventuraba a caminar por enfrente para ir a trabajar.

Cuando Natalia llegó a las grandes puertas giratorias de la biblioteca, les dio un buen empujón y luego se paró en la esquina para sacudirse un poco la lluvia. Un grupo de estudiantes de la escuela formaban una fila por la sección de Jóvenes Adultos, y parecía que estaban recibiendo un sermón de su frustrado maestro. Natalia limpió sus botas rojas de lluvia una vez más en la alfombra negra, y luego se dirigió a su espacio en la sección de Libros Raros.

—Hola, Natalia —dijo Carla desde su lugar detrás del escritorio—. Está lloviendo a cántaros afuera ¿eh? —Carla era una mujer grande, de unos cuarenta años, y una de las mejores amigas de Natalia en el trabajo. Tenía una risa sincera y una personalidad audaz, y Natalia a menudo deseaba poder estar igual de segura y tener la misma confianza en sí misma. Carla sabía que Natalia todavía estaba procesando la muerte de su madre, y trataba de mantener el estado de ánimo en la sala de los Libros Raros lo más agradable posible.

—Claro que sí —Natalia se frotó los brazos para calentarse—. Esperaba poder pintar algo afuera esta tarde, pero supongo que eso tendrá que esperar —suspiró Natalia. Ella alquilaba un departamento que estaba en el primer piso, y el propietario le quitó parte de su alquiler a cambio de que hiciera mejoras en la vivienda.

—Bueno, nadie ha muerto nunca de un trabajo de pintura pospuesto —Carla movió su cabeza y estiró uno de sus oscuros rizos de su cabello—. Sabes, esa persona que te renta tu departamento la supo hacer —se rio—. Te tiene a ti pintando afuera y a esa otra chica podando el césped... —se calló y siguió riéndose para sí misma—. Supongo que se metió en el negocio correcto —se rio de nuevo.

Natalia sonrió para sí misma, y divertida, se acercó a una gran caja de cartón que estaba sobre una de las mesas circulares. —¿Carla? —preguntó—. ¿Qué hay aquí adentro? —preguntó ella,

curiosa.

—Chica, no tengo ni idea. Barry vino ayer por la tarde y dejó esa caja en el frente. ¿Damon lo trajo aquí esta mañana? dijo que estaba muy pesada —Carla no parecía muy interesada y regreso a su trabajo archivando papeles en el escritorio.

—Bueno, voy a abrirlo —comentó Natalia, y puso sus manos en sus caderas. Natalia medía alrededor de 1,70 metros con una cintura pequeña y caderas curvilíneas. Se sentía incómoda con su peso, a pesar de tener una buena figura. Hoy llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, y Carla sonrió cuando se dirigió hacia la caja.

—Apuesto a que son libros botánicos duros de París de finales del siglo XVI —dijo Carla—. No. Retiro lo dicho. Son libros del Arte de Venecia —asintió Carla.

Natalia bajó las solapas de la caja. Metió la mano y sacó dos grandes libros de tapa dura con letras de oro. Escritos en 1954, la colección de libros estaba compuesta por dibujos, pinturas e impresiones de Matisse, justo antes de su muerte. Natalia dio una rápida ojeada a través de las páginas y luego los dejó a un lado. Los siguientes libros que sacó fueron una colección ornamentada de poesía de tradición budista. Natalia examinó las portadas y luego las colocó cuidadosamente sobre la mesa.

—Entonces, ¿tenía razón? —preguntó Carla mientras miraba a través de sus anteojos.

—Bueno, estabas en el camino correcto —sonrió Natalia y alisando grueso cabello castaño—. Este libro de poesía budista es lo que me llama la atención —continuó y ojeando las primeras páginas—. Me encanta este estilo de poesía. Recuerdo a mi antigua profesora universitaria haciendo toda una unidad entera de esto —dijo con nostalgia—. Todavía recuerdo que nos hacía escribir los nuestros y luego nos pedía que los presentáramos a la clase —dijo, y luego se sentó—. Eso parece que fue hace mucho tiempo —dijo Natalia distante.

Carla se dio cuenta del estado de ánimo de Natalia y caminó hacia ella deteniéndose detrás de su escritorio. —Estás pensando en tu madre, ¿eh? —preguntó, y luego puso su mano en el brazo a Natalia—. Sé cómo te sientes, y eso es todo lo que puedo decir —añadió. La madre de Carla había fallecido hace unos cinco años. Se sentó de nuevo y luego Natalia pareció mejorar su estado de ánimo.

—Pienso en ella todos los días, Carla. Todo el tiempo —añadió—. Puedo oír su voz ahora mismo, diciéndome que mis pantalones me quedan muy bien —se rio—. Ahora, ella no trataba de quedar bien o suavizaba lo que decía, pero habría pensado que estos pantalones se me verían bien —Natalia dio un pequeño giro delante de Carla—. La extraño tanto —dijo.

Carla agitó la cabeza y sonrió a Natalia. —Sabes, chica, creo que te vendría bien una buena salida en la noche —dijo—. ¿Estas saliendo con alguien? —preguntó.

—No —dijo Natalia, mirando sus botas de lluvia—. Creo que eso estaría bien. Sabes, me encantaría conocer a alguien que me haga olvidar algo del pasado —comentó Natalia. Continuó dando vuelta a las páginas del libro de poesía dorado y luego los acomodó ordenadamente sobre la mesa.

—Supongo que intentaré encontrar un lugar para ellos en el estante —recogió Natalia los libros y se dirigió al otro lado de la habitación. Al final del pasillo había una gran estantería marrón. Estaba llena de novelas polvorientas y manuscritos conservados de autores oscuros. Natalia siguió buscando un lugar adecuado para los libros y decidió colocar el libro de Matisse en un extremo del Rincón del Artista. Luego agarró el libro de poesía budista y encontró un lugar para él en el estante de Literatura Cultural.

Justo cuando se estaba dando la vuelta para buscar más contenido en la caja de cartón, Natalia

vio a un hombre alto de pie al final del pasillo. Estaba hojeando uno de los libros de arte que se había vuelto a archivar la semana pasada. Natalia recordó que alguien lo había donado de un museo, y que había sido recibido en condiciones casi nuevas. El hombre parecía perdido en la página que estaba viendo y, por lo tanto, no sospechaba de la intensa mirada de Natalia.

—¿Puedo ayudarte en algo? ¿necesitas ayuda? —Natalia se le acercó y sonrió cortésmente.

—Oh, no gracias, sólo estoy mirando este libro increíble —levantó la vista y Natalia se dio cuenta de que sus ojos eran de color azul turquesa. No podía recordar la última vez que vio a un hombre con unos ojos tan hermosos. Natalia también notó que tenía hombros anchos y cabello oscuro y ondulado. Parecía tener unos treinta y cinco años, y a Natalia le pareció que era increíblemente guapo.

—El otro día recibimos ese libro —asintió Natalia y observó la página que estaba viendo. Parecía ser un boceto de arquitectura antigua, con algunas imágenes más pequeñas de jeroglíficos en la parte de abajo—. Ese libro me dio mucha curiosidad desde que llegó, pero aún no he tenido la oportunidad de leerlo —se acomodó el pelo detrás de la oreja y luego se preguntó qué más podía decir.

—Bueno, si quieres leerlo, te lo dejaré aquí cuando termine —dijo el hombre, y Natalia se dio cuenta de que llevaba un brazalete de plata en una mano, y un anillo grueso de plata con un ónix en el dedo. No quería parecer demasiado interesada, pero era difícil ocultar el hecho de que estaba realmente interesada en conocer a este hombre que se encontraba de pie frente a ella.

—Claro, eso es genial —dijo Natalia—. ¿Te gusta el arte? —preguntó. Toda la cara del hombre se iluminó.

—Sí, mucho —dijo—. De hecho, soy artista y estoy organizando una jornada de puertas abiertas para mi último trabajo este viernes en el Café de Broadway. —Luego metió la mano en el bolsillo de su chamarra y sacó un volante de papel doblado. Se leyó:

Esculpe una vida que valga la pena vivir

Obras de una época:

Escultura, acuarela y joyería

Viernes, 1 de octubre de 6—8

Café de Broadway

Natalia leyó el volante y luego se sintió muy emocionada. Hacía meses que no hacía nada que considerara remotamente interesante. Ella era una aficionada al arte, y de hecho solía pintar con frecuencia antes de que su madre muriera. Sintió mucho interés por el hombre, y en su invitación a su evento. —Me encantaría ir —dijo Natalia, y luego extendió su mano—. Mi nombre es Natalia —dijo ella.

El hombre sonrió, y estrechó su mano. Su agarre era firme y su mano cálida. Natalia vio que llevaba botas de cuero y una bufanda de lana. —Yo soy Pedro —dijo, y sonrió genuinamente, luego respiró profundamente y pasó sus dedos por su cabello arrugado—. Supongo que trabajas aquí —sonrió un poco mientras hacía el comentario.

Natalia sonrió y enderezó sus hombros. —Por supuesto que sí —se sintió un poco relajada con su nuevo conocido, y se dio cuenta de que por primera vez en mucho tiempo sintió una sensación de alivio, un aura expresada de calma y de comodidad. Quería saber más sobre Pedro, pero no quería alejarse demasiado de sus responsabilidades al otro lado de la sala de lectura—. Bueno, fue un placer conocerte. Espero verte el viernes —dijo y luego se giró para mirar hacia el escritorio.

Pedro miró a Natalia mientras ella regresaba al otro lado de la habitación. Le gustaba que su

pelo fuera grueso y castaño, y que llevara unas encantadoras botas rojas de lluvia. Le gustaba su sonrisa, y le gustaba la forma en que ella olía. Pedro sabía que tendría que ser cauteloso con lo mucho que revelaba sobre sus sentimientos, en el caso de que Natalia lo encontrara peculiar una vez que su verdadera naturaleza fuera expuesta.

—Ok, chica. Cuéntame todo sobre él —Carla ni siquiera levantó la vista de sus archivos.

—Carla, ¿puedes creerlo? ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos a un chico bueno aquí? Quiero decir, claro, tenemos algunos hombres guapos de vez en cuando, ¡pero no de esa manera! —Natalia intentó desesperadamente contener su excitación, pero era casi imposible cuando llegó a Carla.

—Lo vi. Tenía todo ese asunto del macho artista —Carla asintió con la cabeza—. ¿Cuál es su historia? —preguntó ella, ansiosa.

—Bueno, él es un artista, y su nombre es Pedro. Me invitó a su evento el viernes —Natalia agarró el volante y luego lo abrió para mostrárselo a Carla—. Esto va a ser genial. Deberías de venir también —los ojos verdes de Natalia estaban muy abiertos y expectantes. Carla miró pensativa por un segundo.

—No puedo hacerlo. Tengo que ir al ensayo de Tommy —dijo Carla. Su hijo Tommy estaba en séptimo grado en una de la escuela secundaria local—. Pero esto podría ser algo especial, ¿sabes? Estábamos hablando de que salieras y ¡bam! Este tipo aparece y te invita a su inauguración de arte. Debe ser el destino —dijo Carla, y luego enterró su cabeza en su papeleo.

—Carla, estoy nerviosa. Hace mucho tiempo que no salgo. ¿Y si tiene una novia y sólo estaba siendo educado? —preguntó Natalia. Empezó a sentir que se había ilusionado por nada. Sería una suerte para ella aparecer en el evento y descubrir que tenía una novia, o descubrir que era gay. Miró al suelo y luego se sentó a la mesa, decidiendo que tal vez no debería ir, después de todo.

—Natalia. Tienes que dejar de preocuparte tanto y deshacerte de todo este asunto de no tener confianza en ti misma. En primer lugar, eres una chica hermosa. En segundo lugar, acabas de conocer al tipo apenas hace unos momentos. Ahora dudo que tenga novia —continuó ella—, quiero decir, no parecía que tuviera novia cuando ustedes dos estaban hablando —continuó—, pero me he equivocado antes también entonces tampoco te vayas a decepcionar si tiene. La cosa es que tienes que salir y al menos intentarlo. Deja de dudar de todo sólo porque te pasó algo malo en tu pasado —dijo Carla.

Natalia lo pensó un momento y luego decidió que Carla tenía razón. Ella también podría aparecer y menos esperar pasar un buen rato. Si resultó ser incómodo, o si resultó tener una novia, o un novio, entonces no estaba destinado a ser—. Si no lo intentas no lo puedes lograr —recordó que le decía su madre. Con eso, dejó el escritorio de Carla y se dedicó a su propio trabajo, enderezando los nuevos estantes, volviendo a acomodar algunas de las publicaciones periódicas y sacando lo que quedaba de la caja grande sobre la mesa, que incluía otro libro de arte antiguo y una colección de revistas de un cura de Nueva York.

La noche cayó en la Biblioteca de Filadelfia y Carla cerró su trabajo por el día. Natalia hizo lo mismo, y luego se puso la chaqueta para prepararse para irse. Cuando los dos habían recogido sus carteras y apagado las luces de la sala de los Libros Raros, entraron en el vestíbulo del techo alto y se dirigieron a la puerta principal. Natalia giró a la derecha y Carla hacia a la izquierda.

La luna brillaba en la avenida, y Natalia decidió hacer una parada en el supermercado de la esquina. Desde que su madre falleció, Natalia intentó asegurarse de que comiera lo más sano posible. Su madre solía cocinar para la familia casi todas las noches, y Natalia consideraba que era un testimonio de la vida de su madre cocinar alimentos frescos tan a menudo como fuera

posible.

Cuando entró en la tienda, decidió comprar col rizada, cebollas y papas. Mientras estaba en la fila de la caja registradora, tuvo una extraña sensación de ser observada por alguien. Se acomodó el pelo y lentamente se dio la vuelta. Había unas cuantas ancianas con carros detrás de ella, pero nada que pareciera fuera de lo normal. Natalia se preguntó si su mente le estaba jugando unas bromas, y dejó a un lado ese pensamiento como una imaginación obsesiva. A veces, Natalia se daba cuenta de que era más sensible a estar sola ahora que su madre se había ido.

En el estacionamiento, Natalia notó que el cielo se estaba volviendo oscuro rápidamente. Ella caminó entre los autos estacionados hasta que llegó a la rampa que conducía al estacionamiento. Mientras estaba parada al borde de la calle, esperando a que cambiara la luz para poder cruzar, se dio cuenta de que había un hombre al otro lado. Al mirar más de cerca, se dio cuenta de que era Pedro. Su corazón dio un salto mientras ella le miraba, y él saludó lentamente. Natalia cruzó la calle tan pronto como se puso el semáforo en rojo, y en ese momento casi se le cae su bolsa del supermercado. Cuando volvió a voltear, Pedro ya había desaparecido.

Una ligera lluvia comenzó a caer y Natalia se aferró a la bolsa con sus compras poniéndola cerca de su pecho. Ella sabía que acababa de ver a Pedro parado frente a ella, sabía que él la acababa de saludar, y sabía con certeza que él también había desaparecido en el aire. Ella miró a su alrededor para ver si él estaba en la esquina, en el estacionamiento o en la acera. No había señales de él. Ella miró hacia arriba, para ver si él se las había arreglado para subir a la cima de uno de los edificios. Tampoco había señales de él allí. La mente de Natalia comenzó a correr. ¿A dónde se había ido y cómo desapareció frente a ella? Siguió caminando hasta que llegó a su departamento, y luego abrió la cerradura de la puerta que le permitía entrar.

El apartamento de Natalia estaba decorado con arte con obras de arte de varios continentes. Ella y su madre habían viajado con frecuencia, y muchos de sus recuerdos se guardaban en esos momentos que habían compartido juntas. Ella dejó caer la bolsa con sus compras comestibles sobre el mostrador y luego se quitó las botas para la lluvia. Trató de olvidarse de la extraña experiencia que acababa de ocurrir y se puso un par de pantalones negros y un suéter de casimir negro. Luego regresó a la cocina y comenzó a cortar las cebollas en rodajas.

Natalia recogió la col rizada, la lavó en el fregadero y comenzó a picar. Su mente se volvió hacia el recuerdo de su madre, haciendo un pastel de uvas un año para el cumpleaños de Natalia. Su corazón se sentía triste, y sentía que una lágrima iba a empezar a formarse, pero levantó la cabeza y luchó contra su emoción. Trató de decirse a sí misma que su madre estaba ahora en un lugar mejor, alejada de los dolores mortales del cáncer y de la desesperación.

Natalia encontró consuelo en el hecho de que saldría mañana por la noche, y que tal vez Pedro le podría ayudar a distraer su mente de su dolor. Ella pensó de nuevo en la escena en la avenida, y quiso saber qué fue lo que sucedió. Sabía que no se lo había imaginado, pero sabía que tampoco podía contárselo a nadie. La mayoría de la gente pensaba que cualquiera que experimentara eventos inexplicables estaba loco, o simplemente lo estaba imaginando. Natalia sabía que podía decírselo a Carla el día de mañana. Ella sería la única persona que podría creerlo.

—El hombre de la obra silbó a Natalia, como era costumbre en su camino al trabajo. Hoy, se sorprendió a sí misma y silbó de regreso.

—Buenos días a ti también —contestó, y luego cruzó la calle y se dirigió a la biblioteca. No estaba segura de si era su caldo de verduras que había devorado anoche, o si era la perspectiva de una nueva aventura con Pedro, pero Natalia se sentía más alegre esta mañana, y la mayoría de la gente a su alrededor lo notó. Cuando se arrastraba por las puertas giratorias, Carla la esperaba en

el vestíbulo, sorbiendo su café como todas las mañanas, y sosteniendo un periódico doblado bajo un brazo.

—Buenos días, Natalia —dijo Carla, y las dos se dirigieron a la sala de los Libros Raros. Carla y Natalia habían estado haciendo esto durante años, esperándose en la puerta principal, compartiendo el café y las noticias matutinas entre ellas.

—Buenos días a ti también —dijo Natalia con una gran sonrisa, y respiró hondo, con tantas ganas de soltar todo lo que había presenciado en la desaparición de Pedro ayer en la calle. Ella se abstuvo, pensando que sería mejor esperar hasta que tuvieran algo de privacidad en su área aislada. Una vez que Carla bajó su bolso y se sentó en su escritorio, Natalia la agarró del brazo. Carla parecía perpleja y frunció el ceño—. ¿Qué pasó ahora? —preguntó ella.

—Carla, tengo que decirte esto, pero no puedes pensar que estoy loca —dijo.

—Oh, ya creo que estás loca —dijo ella, y luego se rio—. Sólo bromeaba. Cuéntame que pasó —dijo, y tomó un trago de su taza de café.

—Te voy a decir algo, pero por favor no se lo vayas a decir a nadie —Natalia se acercó lo más posible a Carla y luego miró por encima de su hombro. Luego respiró profundamente—. Esto es totalmente cierto, Carla, te lo estoy diciendo —Natalia alisó su cabello hacia atrás y luego tomó de su café una vez más antes de hablar—. Ayer fui a la tienda de comestibles después del trabajo. Compré mis verduras y luego me fui de la tienda, estaba parada en la esquina preparándome para cruzar —susurró rápidamente y Carla asintió con anticipación—. Y de repente vi a Pedro en la esquina, el me vio también y me saludó con la mano —sonrió.

—¡Que bien! —dijo Carla y miró a Natalia con los ojos muy abiertos—. ¿Y este es el gran secreto? —preguntó ella, desconcertada.

—¡No! —susurró Natalia—. El gran secreto es que me saludó con la mano y después, de un momento a otro desapareció. Como si se lo hubiera llevado el aire —dijo Natalia. Carla la miró como si estuviera mintiendo.

—¿Natalia? —preguntó ella—. ¿Has vuelto a tomar alguna de esas pastillas para dormir? —preguntó ella, y se terminó lo que quedaba de su café.

—Carla, te estoy diciendo la verdad —dijo—. Yo lo vi, me saludó con la mano y luego desapareció. —Natalia puso sus manos en sus caderas y se paró hacia atrás, esperando otra respuesta de Carla.

—Bueno, en primer lugar, sabes que estoy bromeando sobre la locura y las pastillas para dormir. En segundo lugar, sabes que yo he visto fantasmas cuando crecí en el sur, así que no hay nada imposible o que me resulte difícil de creer". Carla se detuvo después de hablar, y luego miró con curiosidad a Natalia—. Pudiste ver si desapareció, o más bien como que, ¿cambió de forma, se convirtió en algo más o algo así?

—Todo lo que vi fue la parte de la desaparición. Tal vez el cambio de forma ocurrió una vez que se fue —agregó Natalia—. De cualquier manera, fue una locura. Sé que no me lo imaginé, y sé que definitivamente Pedro estaba del otro lado. Llevaba la misma ropa, la misma bufanda y todo eso.

Carla frunció los labios y asintió con la cabeza contemplando por un momento. Entonces ella miró hacia arriba—. Oye, ¿y por qué no le preguntas a él? Pregúntale cuando lo veas mañana. Nunca se sabe. Tal vez te diga qué fue lo que sucedió —dijo Carla encogiéndose de hombros.

—Si, se lo preguntaré —dijo ella, como si fuera una idea única—. Estaría bien, ¿verdad? Tal vez tenga alguna historia realmente interesante que contarme —dijo Natalia, y luego volvió a mirar a Carla—. Sabes, desde que mi madre murió, siento que he entrado en una especie de

universo místico. ¿Es eso extraño? —Preguntó Natalia, y empezó a barajar el montón de papes que se había acumulado en su escritorio durante la última semana.

—No tiene nada de raro —dijo Carla—. Creo que todos tenemos este tipo de tendencias místicas, pero la mayoría de las veces estamos tan atrapados en otros aspectos de nuestras vidas que simplemente no nos damos cuenta de ellos —completó su pensamiento.

Natalia se sentó en su escritorio y luego revisó parte del nuevo material que estaban esperando. Un museo de San Francisco mandó una donación esta semana e incluyó varios volúmenes de la obra de Henry David Thoreau, así como algunas colecciones de arte oscuras tanto de Japón como de Islandia. Natalia revisó la lista y se dio cuenta de que estaba llegando otro libro titulado los cambiadores del más allá. El título despertó su interés, así que lo anotó y luego cerró la ventana de su pantalla.

—Hola, Carla. Tenemos un grupo de niños de décimo grado que vienen a las nueve —dijo Natalia.

—Esta bien —dijo Carla, y luego se levantó para usar el baño. Natalia fue a uno de los estantes que contenían los libros raros de Europa, sacó unos cuantos y los puso sobre la mesa. Luego, obtuvo algunos de los rotafolios que les gustaba usar con los grupos escolares y los apoyó contra la pared. Cuando Carla regresó del baño, limpió la mesa y luego le dio a Natalia una señal de que estaba todo listo. Estaban preparadas para recibir el grupo justo a tiempo porque tan pronto como Carla tiró la toalla de papel que había usado para limpiar la mesa, oyeron a la multitud de niños corriendo por el pasillo. Su maestra los acorraló antes de que entraran en la habitación, y Natalia se encontró con ellos en la puerta.

—Bienvenida a la sala de los Libros Raros —sonrió. Carla se paró a su lado.

—Buenos días. Soy la Srta. Timbers de la preparatoria del oeste de Filadelfia —dijo sonriendo una joven pelirroja. El gran grupo de estudiantes se había quedado callado, y al entrar en la sala parecían genuinamente interesados en lo que estaban viendo a su alrededor. Natalia respondió algunas preguntas y Carla se paró al lado del rotafolio. Natalia compartió algunas de las selecciones de tanka del libro que llegó ayer, y luego buscó el libro de oro titulado que tanto le había interesado a Pedro.

El libro era pesado, y Natalia se dio cuenta de que Pedro debía haber estado mirando una página durante bastante tiempo, porque tenía un trozo de hoja suelta pegado en el centro como marcador de libros. Natalia vio el índice y descubrió el título: Estructuras Arquitectónicas Antiguas. El libro parecía estar escrito en árabe, aunque ella no estaba segura de eso. La página que Pedro había estado mirando tenía todo tipo de dibujos a lápiz en la parte superior, con varias imágenes de estructuras antiguas de viviendas en la parte inferior. Natalia también lo encontró interesante y se preguntó por qué le había fascinado tanto el contenido de esa página.

Después de que el grupo exploró el lugar por un tiempo, la maestra agradeció a Natalia y a Carla. Algunos de los chicos querían saber si alguna vez podrían conseguir un trabajo en esta habitación porque pensaban que era muy padre leer cosas interesantes todo el día sobre las civilizaciones antiguas y la poesía perdida. Natalia se rio y les dijo que podían regresar cuando quisieran, que tenían las puertas abiertas y que si alguna vez querían volver a visitarlos, ella estaría encantada de recibirlos. Carla sonrió y se despidió de ellos cuando salieron de la habitación.

—Sabes, me encanta ver a los niños tan interesados en los libros —dijo—. Hablando de niños, saldré de aquí un poco antes de aquí porque tengo un ensayo, así que, ¿en qué te puedo ayudar antes de irme? —preguntó.

—Puedes desearme suerte ahora que vaya más tarde a la galería de arte con Pablo —dijo Natalia. Y con eso, Carla extendió su mano para despedirse.

—Te lo vas a pasar muy bien, chica —dijo ella, y luego apagó su computadora para terminar su día—. Asegúrate de sonreír mucho —dijo ella, y luego se dio la vuelta y se fue. Natalia respiró profundo y se dio la vuelta para enderezar algunos de los estantes de los libros. Luego se sentó en su escritorio, terminó de guardar algunos expedientes y trató de pensar en lo que quería ponerse para esa noche. Ella decidió que el vestido verde largo con las mangas floreadas sería perfecto. Lo usaría con un par de botas de cuero marrón. Cuando el reloj dio las cuatro, Natalia apagó las luces y salió de la habitación.

—Bienvenidos. Por favor, todos los invitados vengan por aquí —un hombre bajito con un bigote grueso de color negro estaba de pie en la parte delantera del Café Castor. Estaba haciendo un gesto para que todos los invitados firmaran el libro de visitas de terciopelo azul que se encontraba en la entrada. Natalia había entrado detrás de un grupo más grande de mujeres solteras y esperaba pacientemente la oportunidad para firmar. Mientras esperaba, ella revisó la habitación con su mirada en busca de señales de Pedro, pero no lo vio.

—Has visto algo de esto antes? —le preguntó a Natalia una mujer alta con rizos gruesos y rubios que llevaba un vestido rojo ajustado.

—No, no lo he hecho —contestó Natalia con timidez. Estar en presencia de tanto arte y en compañía de tantos artistas la hizo sentir un poco inadecuada. Quería poder hablar de composición y línea, y quería compartir historias de galerías que había visitado, pero se dio cuenta de que estaba fuera de contacto con el mundo entero. En lugar de encontrar inspiración en la situación, encontró una razón más para sentirse fracasada y aburrida.

—Oh, su trabajo es asombroso —dijo la mujer, y luego levantó su mano y colgó su grueso brazalete de cobre frente a Natalia—. Él hizo esto. Lo compré en el último show. Su trabajo en metal es de vanguardia, y su escultura es verdaderamente fenomenal —dijo la mujer apasionadamente sobre el trabajo de Pedro, haciendo creer a Natalia que tal vez ella era una especie de fan.

—¿Lo conoces desde hace mucho tiempo? —preguntó Natalia con curiosidad.

—Sí. He sido su amiga durante unos diez años —dijo, y luego miró con curiosidad a Natalia—. ¿Tu eres amiga de él, Natalia? —preguntó ella.

Natalia se preguntaba cómo esta mujer sabía el nombre de ella. —Lo soy —dijo ella lentamente—. Lo conocí en la biblioteca el otro día, en la sala de los libros raros —añadió, con la esperanza de que eso la hiciera parecer un poco más interesante de lo que se sentía.

—Hola. Soy Laura —la mujer extendió su larga mano, y Natalia la saludó—. Pedro me dijo que esperaba a una amiga especial aquí esta noche llamada Natalia. Tenía la corazonada de que ibas a ser tú —sonrió y Natalia se dio cuenta de que tenía un pequeño espacio entre sus dientes rectos y blancos—. Pedro es un hombre muy especial. Ha estado por todo el mundo, y... —Laura se detuvo—. Bueno, dejaré que él te hable de sí mismo —sonrió ella—. Me regreso con mis amigas, me dio mucho gusto conocerte y que disfrutes de la galería —comentó, se dio la vuelta y

se fue.

Tan pronto como Laura salió de la habitación, Natalia levantó la vista y vio a Pedro. Estaba de pie solo, fuera del costado, en el área del desván de la galería. Llevaba un chaleco de cuero negro y una camisa de mezclilla azul con las mangas dobladas por debajo. Su cabello estaba peinado hacia atrás en una corta cola de caballo y llevaba un par de pantalones de cuero negro y botas de púas negras. Tan pronto como vio a Natalia al otro lado de la habitación, hizo un gesto con la mano saludándola. Era como el saludo que le hizo cuando lo vio en la calle el otro día. Ella sintió que su corazón se tambaleaba. Natalia le devolvió el saludo con la mano y luego cruzó la habitación. Pedro sonrió cariñosamente cuando ella se acercó a él.

—Qué bueno que viniste —dijo. Natalia sintió que quería hablar, pero no le salió ninguna palabra. Fue una sensación extraña.

—Si, finalmente llegué, y tengo curiosidad por ver tu trabajo —añadió.

—Gracias, Natalia. ¿Por qué no me dejas mostrarte el lugar? —Pedro preguntó y bajó de la zona del desván. Puso su mano en el hombro de Natalia y ella sintió algo muy peculiar. Una sensación a través de su piel, como si fuera un hormigueo de energía que se sentía muy bien, pensó para sí misma Natalia. Fue algo nuevo para ella y se preguntaba si Pedro había experimentado el mismo sentimiento. Él le dio una mirada que le hacía entender que también lo había sentido y Natalia se dio cuenta de que había algo especial en él.

Pedro parecía que miraba a través de ella, y ella se sintió hipnotizada por su energía, y algo aterrorizada al mismo tiempo. Tenía un aura poderosa y magnética. Natalia lo miró de cerca mientras se paraba frente a una escultura de un lobo. Los ojos de Pedro, notó, eran inquietantemente similares a los ojos del lobo en su escultura. Ella miró sus hombros, y se dio cuenta de que tenía un tatuaje que se asomaba por su antebrazo derecho.

—Sabes, siempre me ha gustado esculpir. Una vez llegué a ir a una clase, pero no me he metido mucho en eso desde entonces —comentó Natalia. Pedro la escuchaba mientras saludaba y estrechaba las manos de otros artistas en la galería. En un momento dado se disculpó con ella debido a que tenía que atender a unas personas y Natalia se quedó sola frente al lobo. Pasó sus dedos por la cresta de su espalda, y luego se detuvo cuando llegó a la nuca. Observó que había una pequeña piedra preciosa que estaba colocada entre el cuello y la cabeza del lobo. Parecía ser un ónix, y tenía un tamaño similar al ónix del anillo que llevaba Pedro. Natalia miró por encima de su hombro y vio a Pedro riéndose con un hombre que llevaba un traje gris carbón. Después se volteó para volver a mirar al lobo, parecía como si sus ojos la perseguían.

Pedro se acercó a Natalia junto con el hombre del traje de color gris carbón y dijo: —Natalia, este es mi amigo Albert —y ella sonrió y le saludó entre sorbo y sorbo de una copa de vino que alguien le había ofrecido momentos antes.

—Hola, Albert —sonrió, disfrutando de la sensación que el vino le daba a su espíritu.

—Natalia, quería contarle a Albert sobre el libro que encontré en tu sala de los Libros Raros —comentó Pedro, y luego hizo una seña y comenzó a alejarlos del ruido de la multitud. Natalia esperó a que siguiera hablando, pero en ese momento una mujer tomó a Albert por el brazo y lo llevó a ver un gran cuadro al óleo que se encontraba del otro lado. Pedro se encogió de hombros y se rio.

Después se le quedó viendo a Natalia y ella sintió la misma energía nuevamente. Ella quería preguntarle acerca del día en que él la saludó en la banqueta afuera de la tienda, y pensó que no había mejor momento que en el que se encontraban para preguntarle, así que se aclaró la garganta y luego lo tomó por el brazo—. Pedro, el otro día te vi en la banqueta del otro lado de la calle y te

saludé. ¿Te acuerdas? preguntó ella, sintiendo un poco de falta de aliento.

—Sí, lo recuerdo —dijo—. Te saludé cuando te vi —agregó.

—Si así es —sonrió ella mientras todavía le agarraba del brazo—. Pero entonces... —su voz se calló—. Pero entonces... siento que desapareciste —dijo ella.

—Natalia —la miró a los ojos y luego le tocó la cara—. Yo fui a la biblioteca el otro día específicamente para encontrarte —susurró.

A Natalia le extrañó el comentario de Pedro y pareció ligeramente alarmada. Luego le dio curiosidad y preguntó: —¿Viniste a la biblioteca sólo para encontrarme? —preguntó con sospecha—. ¿Por qué? Si ni siquiera te he visto antes —preguntó.

—Porque tú tienes una de las llaves —sonrió, y luego se dio la vuelta para mirar uno de sus cuadros. Era un paisaje grande con colores brillantes y primarios.

—¿Tengo una de las llaves de qué? —preguntó Natalia confundido.

—Ya verás, déjame mostrarte —dijo Pedro, y luego volvió a tocarle la cara. Natalia sintió una intensa e indefinida atracción por Pedro. Ella sabía ahora que él tenía algún tipo de poder especial y quería saber que era y de dónde provenía. Ella ahora sentía que él la invitaba al Castor Café para exponer su verdadera naturaleza, su verdadera identidad, o por lo menos para invitarla a su mundo.

Cuando la multitud se empezó a ir y se sirvió la última ronda de vino, Pedro se acercó a Natalia mientras ella estaba sentada en uno de los sofás rojos de la galería. Él la miró y extendió su mano. Natalia la agarró y él la levantó. —Ven conmigo, te quiero enseñar algo —dijo, y caminaron de la mano hacia la parte de atrás de la galería. Caminaron hacia una gruesa puerta plateada adornada con una manija de latón y Natalia le preguntó a Pedro a qué había dentro de esa habitación. Pedro sonrió y luego asintió con la cabeza—. Sabía que preguntarías —dijo, y luego giró lentamente la perilla.

Pedro abrió la puerta solamente lo suficiente para que los dos pudieran deslizarse dentro de la habitación, después la cerró y luego la cerró con llave. Natalia se sentía incómoda. —¿Por qué la cerraste con llave por adentro? —preguntó.

—Porque hay algunas personas aquí que quieren saber más sobre mí, pero no deben de hacerlo —dijo. Natalia se quedó pensando en lo que estaba tratando de decir, y luego lo miró mientras sacaba una gran caja de madera decorada con grabados hindúes—. Dentro de esta caja están las respuestas a muchas preguntas —dijo, y luego buscó una pequeña llave de oro que colgaba a un lado de la caja con una cuerda roja. Abrió el cerrojo delantero de la caja y levantó la tapa. Dentro de ella había cientos de cristales pequeños, algunos claros y otros rosados. Pedro tomó uno de ellos y lo sostuvo entre su dedo pulgar e índice.

—¿Qué son esos cristales? —preguntó Natalia con sincera curiosidad.

—Son circuitos de energía enviados desde un planeta muy lejano —dijo Pedro—. Son de la tierra de Ursus, y son sagrados para mi familia —continuó—. Verás, Natalia, yo vine aquí hace muchos años por cosas del destino. Bueno, es una historia larga y complicada —dijo decidiendo no cargarla con demasiados detalles todavía. Natalia escuchaba atentamente—. Pero es por eso que te fui a buscar en la biblioteca. Porque tu madre me envió a buscarte —dijo.

Los ojos de Natalia se abrieron de par en par. Ella estaba en shock. ¿Cómo sabía algo acerca de su madre? ¿Qué clase de historia era esta? Por un momento pensó en escapar de la habitación, pero luego se dio cuenta que no iba a poder irse y se calmó. —¿Cómo sabes algo de Betsy? —preguntó con la voz quebrada mientras hablaba.

—Conozco a Betsy por las mutaciones en las que mi tribu ha participado —dijo Pedro.

—¿Qué tipo de mutaciones? ¿De qué se trata todo esto? —Natalia miró los cristales y luego pensó en la manera en que desapareció Pedro en la calle. Ella no era capaz de entender lo que Pedro le estaba diciendo realmente.

—Natalia, todo tendrá sentido al final —dijo Pedro, y se quedó en silencio por un momento. Entonces él miró a Natalia, y ella vio cómo los ojos de Pedro cambiaban de un color azul ojos pasaban del azul verdoso a amarillo dorado. Su cara empezó a parecer más larga, y su pelo se volvió más grueso en su cabeza. A su cara también le empezaron a salir pelos. Natalia se sorprendió y dio un paso para atrás. Intentó hablar, pero no podía pronunciar ninguna palabra cuando abrió su boca. La chaqueta de cuero de Pedro se rompió y se abrió ante sus ojos, y luego sus pantalones también. Observó con perplejidad cómo todo el cuerpo de Pedro se cubría de pelos gruesos, y cómo sus brazos cambiaban de forma. Natalia se tapó la boca y jadeó.

—Eres un lobo —susurró ella, su voz vacilante, y su mente no comprendía completamente a la criatura que estaba ante ella—. Y comentaste que ya conoces a mi madre —continuó desconcertada.

—Natalia, cuando tu madre murió, su energía fue absorbida por de mi tribu. Fuimos seleccionados como ayudantes para aquellos que tienen dificultades para soltar —dijo, y Natalia sabía que se refería a su incapacidad para manejar la muerte de su madre—. Venimos en paz —dijo, y luego bajó la cabeza y la empujó. Natalia sintió la misma intensa conexión ahora que antes, y le pasó la mano por la espalda. Pedro se frotó contra ella, y Natalia se hundió en el suelo llorando.

—He intentado superarlo —gritó Natalia—. Pero no he podido hacerlo —se le derramaron lágrimas de los ojos. Se puso una de sus mangas de flores en la cara y se secó las lágrimas—. Me digo a mí misma que cada día será mejor, pero en realidad no lo es —continuó. Pedro regresó a su forma humana y se acercó a Natalia y ella se aferró a él con fuerza. Entonces ella recargó su cara en su pecho y lloró.

Pedro la abrazó con fuerza y permitió que Natalia liberara todo el sentimiento que tenía guardado dentro de ella. Ella no podía creer lo que estaba pasando, pero por primera vez en meses sintió que una sensación de paz la invadía. Tal vez Pedro era el secreto para su salvación. Pedro le puso el vestido de Natalia sobre su cabeza. Llevaba un brasier y calzones negros. Por un momento no dijo nada, y en vez de eso la miró mientras ella estaba escasamente vestida ante él.

En ese momento de liberación Natalia se llenó de una energía pasional que sentía que la unía completamente con Pedro, como si fueran uno solo. Y quería sentirse completamente pura y transparente ante él. Y en un momento de espontaneidad y coraje, Natalia se desenganchó el sostén. Sus pechos eran firmes y sus pezones grandes y rosados. Los tocó y luego se quitó los calzones con la otra mano. No estaba exactamente segura de por qué estaba haciendo esto, pero se sentía tan bien perderse en ese sentimiento y en esa energía que sentía al estar junto a Pedro. Él la miraba, admirando su cuerpo.

—Pedro, supe que eras diferente desde el primer momento en que te vi —dijo Natalia. Ella se acercó más a él y pasó sus manos por encima de su cuerpo—. Todavía no entiendo completamente cómo estás conectado con mi madre, pero hay algo en tu energía que me hace confiar en ti, que me hace entregarme a ti —dijo, y luego esperó la respuesta de Pedro. Él frotó la cabeza contra su cuerpo, y Natalia suspiró de placer. Entonces él acercó su cara a su vagina y ella gimió suavemente.

—Quiero que seas parte de nuestra tribu, Natalia. Por eso te busqué —dijo Pedro—. Por eso fui a la biblioteca. Sabía que tenías el libro que yo necesitaba sobre arquitectura sagrada, y recibí

un mensaje divino para saber en dónde encontrarte a ti y al libro. Todo encajaba en su lugar —dijo mientras sus ojos brillaban. Alcanzó el pecho de Natalia y lo chupó suavemente. Ella cerró los ojos y se lo imaginó dentro de ella.

—Siempre creí en seres especiales, pero nunca había conocido a ninguno —dijo Natalia mientras Pedro seguía chupándole los pechos. Ella colocó la mano de Pedro en la parte superior de su vagina, y la dejó reposar sobre el pelo suave que lo cubría. Entonces, Pedro buscó su humedad y deslizó sus dedos de dentro de ella. Natalia saltó y se dio cuenta de que las sensaciones eléctricas de hormigueo se magnificaban cuando sentía sus dedos. Ella se aferró a su cuello y lo acercó más a ella. Su cuerpo se sentía fuerte y vibrante. Natalia gimió mientras seguía tocándola con los dedos y jugando con sus pechos redondos.

—Todo lo que tienes que hacer es creer —dijo Pedro, levantando la boca de los pechos de Natalia—. En nuestra tribu, tenemos fuerza gracias a nuestra creencia —continuó—. Quiero que te conviertas en parte de nosotros —continuó. La tribu de Pedro necesitaba adquirir al menos dos hembras más para que prosperara—. Quiero que me dejes estar dentro de ti —dijo Pedro. Natalia abrió las piernas para que Pedro pudiera insertar su pene grande y duro. Había pasado tanto tiempo desde que Natalia se había acostado con alguien. Ella quería sentir la calidez de un hombre, y la palpitante sensación de un pene grande dentro de ella.

Pedro hizo a un lado algunas de las sillas que estaban en la habitación. El espacio se utilizaba principalmente para almacenar obras de arte y tenía unas cuantas sillas sentadas en una gran mesa. Se colocó una pequeña lámpara en la esquina para que la iluminación fuera atenuada. Pedro se preguntó temporalmente sobre los invitados en la galería y quería asegurarse de que tuviera tanto tiempo con Natalia como fuera posible.

Natalia se recostó contra la mesa una vez que las sillas fueron movidas. Ella buscó a Pedro y acercó su cuerpo contra el de ella. Una vez que él estaba encima de ella, ella le tocó el pene, que estaba duro y caliente entre sus piernas. Sus piernas eran poderosas y fuertes, y lo alzaron para que pudiera subirse arriba de Natalia cómodamente. Ella lo envolvió con sus piernas alrededor de él y lo guio dentro de ella, una y otra vez.

Natalia gritó en éxtasis mientras Pedro continuaba dándole placer en la mesa. Aunque a la mayoría de las personas se habían ido ella sabía que todavía había gente en la galería, por lo que trataba de ser discreta y de no hacer mucho ruido. Sin embargo, no pudo controlarse. Pedro le hizo tener sensaciones tan intensas que le hicieron temblar desde las entrañas. Nunca antes había hecho el amor así. Toda la energía de Pedro se sentía en su penetración, y Natalia gritaba más fuerte cada vez que penetraba más profundamente dentro de su vagina mojada.

—Natalia, nuestra semilla será la próxima pieza de la tribu, y descubrirás lo que significa estar completamente viva —dijo Pedro. Volvió a empujar, aún más fuerte dentro de Natalia, y ella se imaginó a un niño que había sido creado con estrellas, uno que conocía los secretos internos de un ser que cambia a lobos y que proviene de la tierra especial de Ursus. Ella cerró los ojos y permitió que todas las sensaciones increíbles se acumularan dentro de ella hasta que pudo sentir que su orgasmo llegaba.

Con sus brazos apretados alrededor del cuello de Pedro, y con sus piernas envueltas con la misma fuerza alrededor de su cintura, Natalia emitió un gemido resonante mientras Pedro empujaba dentro de su vagina una vez más. Sintió que las ondas de placer subían entre sus piernas y luego se soltaba causando tanto placer que sentía ganas de llorar, ya que estaba teniendo tres orgasmos seguidos. Pedro siguió moviéndose dentro de ella hasta que lentamente, Natalia sintió cómo se salía lentamente. Ella le frotó la espalda y disfrutó estar tocando y acariciando su piel

suave.

—Pedro, ¿cuándo me vas a explicar toda tu historia? —Preguntó Natalia mientras yacía sobre la mesa, con gotas de sudor en su frente—. Quiero entender todo, especialmente la parte de mi mamá —susurró, y luego trazó un dedo a lo largo de su firme y liso estómago. Disfrutaba de la forma en que se sentía su piel, y la comparaba con la forma en cómo se sentía cuando se había transformado. Ella sonrió y se consideró afortunada.

Pedro la miró con nostalgia. —Le explicaré todo lo que pueda esta semana. Volveré a la biblioteca en unos días, porque hay información importante en ese libro —continuó. Natalia quería saber más—. Solo puedo decirte que es necesario para aprender a construir estructuras adecuadas en la colonia de Ursus que se acaba de establecer.

Natalia buscó su vestido después de un largo suspiro, y luego se preguntó qué es lo que iba a hacer a continuación. Su mente se sentía perdida con toda la información que se le presentaba, y tenía emociones que iban desde seductoras a curiosas, pasando por asustadas o desconcertadas. No quería seguir haciendo preguntas, así que se vistió en silencio y esperó a que Pedro abriera la puerta. —¿Cuándo te volveré a ver? —preguntó con indecisión.

Pedro tomó la cara de Natalia en sus manos. Miró sus amplios ojos y su pelo castaño, y se dio cuenta de que era la mujer más bella que jamás había visto en su vida. Él quería que ella creciera para amar a Ursus de la misma manera en que él lo había hecho, quería que ella liberara sus miedos y sus penas, y que viniera con él para comenzar una nueva vida. Sin embargo, él sabía cuánto disfrutaba de su vida humana en Filadelfia y no quería asustarla imponiéndole demasiadas exigencias.

—Me verás pronto —contestó finalmente, se volteó y abrió la puerta. Albert estaba entre la gente que aún quedaba entre la multitud. Estaba caminando con un vaso medio lleno de vino tinto y comiendo un pedazo de queso. Pedro le dio una palmada en la espalda, y luego sonrió—. ¿En dónde están los demás? —preguntó.

—No lo sé, pero quiero decirte que tu escultura de lobo está generando un gran interés. Hace rato había un tipo aquí que dijo que lo iba a comprar por cinco mil dólares —dijo Albert. Luego tomó otro trago de su vino. Pedro se mostró contemplativo por un momento, y luego pasó por alto la información.

—Gracias por venir, Albert. Espero volver a verte pronto —dijo Pedro y lo condujo hacia la puerta—. Albert agarró su abrigo y salió del brazo con una mujer alta con botas de piel rojas. Pedro entonces se despidió de algunos otros rezagados que parecían bastante intoxicados—. Muchas gracias a todos por venir —sonrió, y luego cerró la puerta detrás de ellos. Natalia se quedó quieta en la galería, ahora estaba sola con Pedro. Ella se acercó a él lentamente, y luego lo abrazó. Pedro se sonrió a sí mismo y le dio una palmada en la cabeza a Natalia.

—Pedro, cuando vaya a trabajar el lunes —comenzó Natalia y luego se rio—. Honestamente, no sé cómo puedo seguir con mi vida de siempre después de esta experiencia —dijo, moviendo la cabeza—. ¿Incluso mi mejor amiga, Carla, que trabaja allí conmigo? Ella nunca iba a creer nada de esto —terminó, y miró hacia otro lado.

—Pero Natalia —Pedro tomó su mano—. No se trata de quién te cree y quién no te cree. Se trata de lo que ya sabes que es verdad. Los recuerdos de tu madre son verdaderos porque están impresos en tu conciencia, y no porque alguien más te haya dicho que ocurrieron —dijo. Natalia pensó en lo que estaba escuchando por un minuto. Luego sonrió y asintió estando de acuerdo. Pedro respiró profundamente y miró a Natalia con amor. Luego apagó las luces dentro del Café Castor, se puso su chamarra de cuero negra y la guio hacia la noche de luna llena.

FIN